

## NOTAS SOBRE LA PROBLEMÁTICA DE LA GLOBALIZACIÓN DE LAS SOCIEDADES

Renato Ortiz

Pensar la globalización de las sociedades es afirmar la existencia de procesos que envuelven a los grupos, las clases sociales, las naciones y los individuos. Evidentemente, es preciso subrayar, existe una historia de este movimiento totalizante. Tiene sus raíces en la expansión del capitalismo en los siglos XV-XVIII, el advenimiento de las sociedades industriales, la modernidad del siglo XIX. El momento actual resulta de un conjunto de transformaciones que ocurrieron en el pasado. Nada más ilusorio que proponer la idea de un mundo «pos» moderno, industrial, tecnológico, etc. Como si existiese una zanja, una ruptura radical, un «antes» y un «después» ordenando la historia de los hombres. Sin embargo, teniendo en mente la continuidad de este movimiento es necesario también comprender su especificidad, su idiosincrasia. Al final del siglo XX se cristaliza un conjunto de fenómenos económicos, políticos, culturales, que trascienden las naciones y los pueblos. Son esos fenómenos los que nos permiten hablar propiamente de globalización de las sociedades y de mundialización de la cultura. Vivimos un momento en que nuevos elementos emergen al lado de una potencialización de vestigios del pasado. En ese sentido, la sociedad contemporánea corresponde a una nueva configuración. Formación social que ciertamente posee sus raíces históricas pero que hoy se consolida como una nueva «meseta». Insisto en la idea de «meseta». Ella nos ayuda a pensar la continuidad y la ruptura. Una meseta, para existir, debe presuponer otros niveles anteriores, el pasado es el suelo en el cual se sustenta. Sin embargo, al transformarse, accede a un nuevo «grado», adquiriendo un nuevo significado, otra dinámica.

La cuestión que se plantea es cómo comprender este cuadro, cómo caracterizarlo. Una manera sería pensar los fenómenos que nos cercan como consecuencia de relaciones internacionales o inter-civilizatorias. Subrayo el calificativo «inter» crucial para un certero entendimiento de lo que pasa. Es el caso cuando hablamos de relaciones internacionales. Esta noción presupone la existencia de naciones autónomas interactuando entre sí. La dinámica global derivaría de movimiento de las partes. Cada una de ellas, en su integridad actuaría en el contexto mundial. Las mismas premisas subyacen a los conceptos de colonialismo y de imperialismo. En cada uno de ellos destacamos un centro (el imperio o la nación industrializada) como elemento propulsor de movimiento de expansión. El mundo sería así el cruzamiento de las diversas intenciones, transimperiales o transnacionales que, de forma diferenciada incidirían en las colonias o en los países periféricos. Una aplicación común de este tipo de raciocinio es la comparación entre el momento actual y algunos periodos de la historia pasada. Por ejemplo, la analogía de la ascensión y la caída de un país, como los Estados Unidos, a la del Imperio Romano. En los dos casos tenemos la expansión de una civilización, norteamericana o romana, de una lengua, el inglés o el latín, hacia un conjunto de territorios apartados de su núcleo irradiador. Las relaciones de contacto entre esta «periferia» y el «centro» se harían por tanto de acuerdo con normas de dominación elaboradas por los países o por los imperios colonizadores. Existiría por tanto una clara diferencia entre «centro» y «periferia», «dentro» y «fuera», los límites de la dominación se encuentran nítidamente delineados. También sería posible pensar el movimiento de expansión de la cultura en términos semejantes -como hicieron Toynbee o Spengler. El mundo estaría así formado por un conjunto de civilizaciones «inter» actuando entre sí. En este caso la civilización occidental, una entre otras, tendría un papel destacado, imponiendo sus patrones de dominación junto a otros núcleos civilizatorios. La argumentación preserva por lo tanto la independencia de las culturas. Cada una de ellas giraría en torno de su propio eje, difundiendo sus rasgos hacia fuera de su territorio de origen.

Podemos no obstante imaginar las cosas de otra manera, la problemática de la globalización gana entonces toda su radicalidad. Cuando hablamos de «sociedad global» nos referimos a una totalidad que penetra, atraviesa, las diversas formaciones sociales existentes en el planeta. Se afirma así la especificidad de una «mega-sociedad» esto es, un conjunto de relaciones sociales planetarias articuladas aun todo. Una sociedad global, yo diría en términos durkheimianos, es sui generis, posee su propia lógica, su inteligibilidad. Su organicidad no procede de la interacción entre las partes que la constituyen, por el contrario, debemos ahora invertir nuestra perspectiva y preguntar: cómo esa totalidad envolvente reordena los elementos de este mega-conjunto. En este caso, las relaciones sociales dejan de ser vistas como «inter» (nacionales, civilizatorias o culturales) para constituirse como «intra», esto es, estructurales al movimiento de globalización. Los límites «dentro/»fuera», «centro/ periferia», se vuelven así insuficientes para la comprensión de esta nueva configuración social. Hay una cierta dilución de las fronteras, haciendo que las especificidades nacionales y culturales sean, de manera diferenciada, es claro, atravesadas por la modernidad-mundo. En este sentido, todos somos parte de este proceso, base material y espiritual de nuestro cotidiano.

Por eso el esfuerzo analítico debe volverse hacia la comprensión de objetos que connoten esta realidad mundializada. Guerra del Golfo, FMI, publicidad global, carro mundial, MacDonaldis, televisores Mitsubishi, son expresiones heurísticas de su movimiento. Lo mismo podemos decir de los aeropuertos, de los supermercados, de los shopping-center. Se trata de

lugares, de sitios, que revelan la desterritorialización del espacio, condición necesaria para la constitución de un mundo-mundo. No tiene sentido pensarlos como fruto de relaciones internacionales, pues ya no se vinculan más a este o a aquel país, al Primero o al Tercer Mundo. Ellos denotan el orden interno de la propia sociedad global, exponiendo su faz mundializada. Hablar por tanto de una cultura mundializada significa situarnos en la médula de este proceso expansivo. Lo que implica considerar que ya no se encuentra más fuera de nuestras sociedades nacionales. Por el contrario, hace parte de nuestro cotidiano, de nuestros hábitos, (hacer compras, ir al cine o al teatro, ver televisión, escuchar la publicidad, manejar por las carreteras, ir a las ferias, etc.). Nada más ilusorio que atribuir a este movimiento un carácter de exterioridad (por ejemplo la americanización del mundo). Como si se tratase de un fenómeno extraño a nosotros mismos. La mundialización de la cultura no es una “falsa conciencia”, una “ideología” impuesta de forma exógena. Ella corresponde a un proceso real, transformador del sentido de las sociedades contemporáneas. Los objetos que nos circundan -utensilios, máquinas, arquitectura- son manifestaciones de esta mundialidad. Ellos encierran su «verdad» exprimiéndola en su cotidianidad, en su rutina.

Existen sin embargo algunas dificultades para pensar esta realidad global. Ellas provienen de la tradición de las Ciencias Sociales. Buena parte de los conceptos con los cuales operamos están comprometidos con una cierta visión de la sociedad. No podemos olvidar que las Ciencias Sociales se institucionalizaron apenas al final del siglo XIX, momento en que el principio de nacionalidad se afirmaba con toda su fuerza. Durkheim, Tönnies, Weber, Veblen, tienen evidentemente una preocupación universal cuando construyen sus objetos de estudio. Pero ellos nos remiten sobre todo a la constitución de una disciplina que gana contorno dentro de territorios específicos. Por eso hablamos de Sociología francesa, alemana o norteamericana. Pensamos cada una de ellas como intrínsecamente vinculada a sus lazos nacionales. La sociedad moderna, sobre la cual versa el discurso sociológico, es la nación industrial. Todo el esfuerzo de pensamiento para el deslindamiento de la lógica de su funcionamiento confina la modernidad a los límites del Estado-nación. « Clases sociales», «Estado», « territorio», «cultura», «identidad», son ciertamente categorías abstractas, pero se aplican sobre todo a las realidades nacionales. En el contexto de América Latina yo diría que la relación entre conocimiento y nación es aún más acentuada. El debate sobre identidad, que se prolonga por todo el siglo XX, marca de forma indeleble el pensamiento latinoamericano. La nación surge así como una dimensión conquistada (por los políticos, artistas e intelectuales), un proyecto que en el futuro aseguraría la realización de una modernidad incompleta, inacabada. Reflexión y conciencia nacional son elementos constitutivos de nuestra tradición, ellos se confunden en cuanto conceptos y aspiración política. El problema es que la modernidad mundo rompe las fronteras del Estado-nación. Para comprenderla es necesario una reactualización del pensamiento. El mundo en cuanto objeto exige de nuestra imaginación sociológica nuevos conceptos. En este sentido, la globalización no es simplemente un tema entre otros. Ella desata la reflexión en su existencia categorial. Pensarla es abrirse a una revisión del propio discurso de las Ciencias Sociales.

Otra dificultad habla respecto a la mirada analítica que se dirige sobre este objeto globalizado. ¿Desde qué punto de vista deberíamos considerarlo? ¿Desde las clases sociales, de las naciones? Ciertamente nos encontramos ante posiciones legítimas, Sin embargo para retirar íntegramente las consecuencias provenientes de las transformaciones de este inicio de siglo XXI sería necesario un dislocamiento de la mirada científica. El entendimiento de un mundo desterritorializado requiere un punto de vista desterritorializado. Para aprenderlo en su totalidad la perspectiva analítica debe librarse de los constreñimientos locales y nacionales. Por eso ya no es más suficiente inscribirnos como brasileños, franceses, americanos o alemanes. No es que esa: situaciones hayan perdido vigencia. Ellas preservan su validez Pero el cambio conceptual al que me refiero implica, por lo menos durante el momento de la reflexión, que tales contingencia sean «suspendidas» (utilizo un artificio de la fenomenología). En vez de pensar el mundo «desde América Latina» (como dicen nuestros colegas latinoamericanos), propongo una reorientación de la mirada. Pensemos el mundo en su flujo, después, hagamos preguntas pertinentes a nuestras realidades. Tengo la certeza de que ellas serán iluminada, desde otro ángulo.

Al lado de las dificultades existentes, el tema de la globalización exige también contornear algunos artificios, principalmente cuando hablamos de cultura. Dos obstáculos deben ser evitados. Uno es de naturaleza metodológica, otro de cuño ideológico. Comienzo mi digresión por el primero.

En la literatura existente sobre medios de comunicación, tecnología y administración de empresas es común encontrarnos, bajo formas diversas, la problemática de la homogenización de la cultura. Por ejemplo, la utilización de un mismo sistema técnico, en escala planetaria, llevaría a la nivelación de todos. Este pronóstico puede articularse según una jerarquía distinta de valores. La visión optimista ve en el progreso de las telecomunicaciones la posibilidad de comunión entre los hombres. Los individuos dispersos en la «aldea global» se reconocen unos a otros rompiendo su aislamiento y sus constreñimientos de los idiomas locales. El punto de vista contrario revela otra dimensión. Una cultura homogénea eliminaría definitivamente las diferencias entre los pueblos. En este caso, globalización es sinónimo de patronización de la conducta. Perspectiva

común entre los analistas del mercado: para ellos la globalización de la economía implicaría una emergencia de una sociedad en la cual los hombres se comportarían de manera idéntica. Por eso un autor como Theodore Levitt afirma que vivimos en un mundo «plano», el mercado, compacto y patronizado, revelaría su superficie. Así, una serie de objetos, jeans, televisores, tarjetas de crédito, fastfood, etc., serían vendidos y consumidos mundialmente, expresando la faz unidimensional de las sociedades contemporáneas.

Esta visión cohabita no obstante, con otra que es su negación. Ahora ya no se trata más de unidimensionalidad, sino de multiplicidad. De ahí la insistencia sobre el resurgimiento de las reivindicaciones locales, específicas, movimientos que atestarían el antagonismo a cualquier principio unificador. Multiculturalismo, conflictos en el bloque del Este, fundamentalismo, serían señales de la presencia de un mundo despedazado, fragmentado. Los escritos de los «pos» modernos son expresivos de este tipo de tendencia. Encontramos el mismo diagnóstico entre algunos estudiosos de la tecnología. Para ellos lejos de homogenizar las costumbres, la técnica sería un elemento de la diversificación de las relaciones sociales. Ejemplo: la proliferación de la TV por cable, de las radios de FM, de las redes interpersonales de computadora, etc. Por tanto una insistencia en subrayar los aspectos particularizantes: por ejemplo en los escritos sobre marketing, la personalización en la atención a los clientes (“customized product”), la diversificación de los gustos, la descentralización de la gestión. Dentro de esta perspectiva el mundo estaría compuesto por una mirada de mosaicos, por partes heteróclitas. Habríamos así pasado de una era «fordista» en la cual habría predominado una cultura de masas, a otra más flexible, afirmación de la individualidad de las personas y de los grupos sociales.

Creo necesario romper con esta visión dicotómica del proceso de globalización. Como si estuviésemos delante de dos movimientos sociales distintos y antípodas, uno tendiendo hacia la totalidad, otro hacia lo particular. Debemos entender que la modernidad mundo se realiza a través de la diversidad. En cuanto modernidad ella privilegia la individuación de las relaciones sociales, la autonomía, la afirmación de aspectos específicos (por eso la Sociología clásica inicia sus estudios por el tema del desarraigo del hombre -Durkheim con la anomia, Weber con la racionalización de las esferas culturales, Simmel con el desgarramiento del individuo). Sin embargo, esos elementos aparentemente desconexos serán envueltos por una malla más amplia. La modernidad es constituida por un conjunto en el cual el todo se expresa en la individualidad de las partes. La característica del momento actual es que esta modernidad, que en el siglo XIX se confinaba a algunos países (Estados Unidos, Alemania, Francia, Inglaterra, etc.) se vuelve planetaria. Diversidad y semejanza caminan juntas expresando la matriz modernidad-mundo en escala ampliada.

Colocar la cuestión dentro de esta perspectiva nos permite evitar el falso problema de la «homogenización» de la cultura. Sin embargo, debido a la especificidad del campo cultural, pienso que es importante demarcar algunas diferencias. Cuando nos referimos a la economía y la técnica, nos encontramos ante procesos que reproducen igualmente sus mecanismos en todos los rincones del planeta. Hay apenas un tipo de economía mundial, el capitalismo, y un único sistema técnico (fax, energía nuclear, satélites, etc.). No obstante, sería difícil sustentar este argumento en lo que se refiere a los universos culturales. Por eso prefiero utilizar el término «globalización» cuando hablo de economía y de tecnología; son dimensiones que nos reenvían a una cierta unicidad de la vida social. Reservo así el término «mundialización» al dominio específico de la cultura. En este sentido, la mundialización se realiza en dos niveles. Primero, ella es expresión del proceso de globalización de las sociedades, arraigándose en un tipo de organización social. La modernidad es su base material. Segundo, ella es una “Weltanschauung”, una «concepción del mundo», un «universo simbólico» que necesariamente debe cohabitar con otras formas de entendimiento (político o religioso). Vivimos así en un espacio transglósico en el cual diferentes lenguas y culturas conviven (muchas veces de manera conflictiva) e interactúan entre sí. Una cultura mundializada configura por tanto un «patrón» civilizatorio. En tanto mundialidad ella engloba los lugares y las sociedades que componen el planeta Tierra. No obstante, como su materialización presupone la presencia de un tipo específico de organización social, su manifestación es desigual. Una cultura mundializada atraviesa las realidades de los diversos países de manera diferenciada. Existe por lo tanto un diferencial de modernidad que irá a conferir mayor o menor peso a su concretización.

La otra artimaña es fundamentalmente de carácter ideológico. Normalmente la literatura que se ocupa de la globalización tiende a comprenderla de manera oblicua, parcial. Todo pasa como si la expansión del mercado y de la tecnología obedeciese a una lógica inexorable, llevándonos a conformarnos con el cuadro actual de los problemas que nos envuelven. Los hombres de marketing procuran así convencernos que la globalización de sus productos corresponde a una «humanización» (sic) de las relaciones sociales, pues en fin, los individuos encontrarían a su disposición el mundo del consumo con el cual tanto soñaron. Los tecnólogos también nos sugieren calificar las sociedades como «atrasadas» o «adelantadas», medidas en función de la base técnica a partir de la cual operan. Es el mismo raciocinio de los representantes de las transnacionales. La globalización tornaría obsoleto el Estado-nación, lo que significa decir que las grandes corporaciones se presentarían como modelo de realización económica y política, a nivel mundial. Globalización se vuelve así sinónimo de modernidad. Todo lo

que no encaja dentro de este principio se vuelve sospechoso, revelando un cierto gusto de pasado, de arcaico, algo condicente con los tiempos remotos de la humanidad. Nos encontramos por tanto ante una ideología que valoriza el status quo, ocultando no obstante los intereses particulares de los grupos que la profesan.

¿Cómo reaccionar frente a esas fuerzas? Una forma sería retroceder, identificando globalización con una visión de cuño puramente ideológico. Esta no es mi intención. Otra es considerarla como expresión de la mundialidad. Con eso estoy sugiriendo que la estructura de la modernidad-mundo engloba los factores de orden político, articulando en un proceso histórico complejo los diferentes niveles de la realidad social. Dentro de esta perspectiva, los grupos transnacionales deben ser vistos como actores políticos cuyo campo de actuación es el planeta. Sus ideas nos parecen impositivas porque traducen la prevalencia de una ideología que se vincula a las fuerzas dominantes del proceso de globalización. Resta saber si esas ideas deben o ríen permanecer como si fuesen la única alternativa para la convivencia de los hombres. Pienso que no, pero para eso sería necesario que otras propuestas fuesen presentadas y debatidas. En este caso, la política ya no puede ser más pensada en base exclusivamente nacional o local. Tenemos que imaginar el mundo como un «espacio público» (como sugiere Habermas), una «sociedad civil» en la cual se confrontan proyectos y visiones distintas, antagónicas o complementarias.

La problemática de la globalización posee por tanto implicaciones de orden teórico y metodológico. Ella nos remite a una reevaluación del cuadro conceptual de las Ciencias Sociales. En este sentido podemos decir que «globalización», «mundialización», «sociedad civil mundial», «política interna mundial», «cultura internacional-popular», son conceptos que surgen para comprender la dinámica de las sociedades actuales. Por ejemplo cuando digo «política externa» supongo que el orden mundial implica la interacción de naciones particulares. Sin embargo al hablar de «política interna mundial» disloco mi razonamiento a otro plano. Las naciones son ahora parte de la dimensión intrínseca de la totalidad del mundo. Cuando me refiero a un imaginario colectivo internacional-popular, yo me distancio de las especificidades y de las identidades nacionales, para captar el proceso cultural en otro nivel. Puedo así considerar el movimiento de desterritorialización y aprehenderlo como constitutivo de un universo de símbolos, compartidos mundialmente por sujetos situados en los más distantes lugares del planeta (publicidad global, películas, programas de televisión, moda, etc.). Un conjunto de objetos-signos, jeans, imágenes de artistas de cine, MacDonalD's, productos de supermercado, dejan de ser vistos como imposiciones exógenas, para ser aprendidos como elementos de una memoria colectiva mundial. Es posible que muchas de esas categorías que somos obligados a construir se muestren insuficientes en el futuro. Eso hace parte de la historia de la razón científica. Pero no podemos olvidarnos que sin ellas el pensamiento tiene dificultades para caminar.

La conquista de nuevos conceptos nos permite dar todavía un paso adelante: construir globalmente algunos de nuestros objetos de estudio. Un ejemplo: la juventud. Como fenómeno ella puede ser pensada internamente a las sociedades nacionales -la juventud en los Estados Unidos, en Brasil, en el Reino Unido o en Suecia. Una manera más amplia sería considerarla desde el punto de vista comparativo. Ahora bien, sobrepasaríamos los límites anteriores, pero permaneceríamos en el plano de la comprensión «tradicional» de las Ciencias Sociales. Pues el análisis comparativo requiere la autonomía de las sociedades para en seguida aproximar las convergencias y las discrepancias existentes entre ellas. Una propuesta radical sería no obstante, considerar a la juventud como un fenómeno global. Evidentemente tendríamos que definir lo que entendemos por eso, pero subrayo, lo importante es que el pensamiento, al situarse a partir de este punto de vista, puede postular la existencia de sustratos juveniles desterritorializados, para en seguida, abstractamente, reunirlos en cuanto objeto sociológico. Ya no serían los países, las sociedades nacionales, el foco central de la definición territorial de nuestra temática, sino un conjunto de elementos -maneras de pensar, de vestirse, de comunicarse, de comportarse- que nos servirían de parámetro. La «juventud» sería el cruzamiento de esas maneras de ser, permitiéndonos comprenderla en su extensión mundializada. Ciertamente, este es uno entre tantos ejemplos, podríamos imaginar otros: la moda, el deporte, el movimiento ecológico, la publicidad, las comunicaciones, etc. Poco importan los temas, pero insisto, es preciso que ellos sean percibidos por la mirada desterritorializada que construyó el objeto. Esta «demarche» nos hace pasar del concepto a la investigación empírica, abriendo nuevos caminos en las Ciencias Sociales. Curioso este fin de siglo que en el sentido común de las personas y de muchos estudiosos se anuncia como exclusivamente negativo ->fin de la nación, del arte, del espacio, de las utopías- para mí se presenta como lleno de desafíos. Lejos de estar delante de una «crisis paradigmática» de una parálisis del pensamiento, veo un horizonte que puede ser «leído» y explorado de otra manera. Más generosa e interesante, capaz de impulsar más allá de nosotros conocimientos mineralizados. Optimismo del pensamiento, que no se confunde, no obstante, con optimismo político, pues el mundo en el cual vivimos está marcado por contradicciones y conflictos, por nuevas formas de poder y dominación. Entenderlas es ejercitar nuestra responsabilidad intelectual, haciéndonos contemporáneos de nuestro propio tiempo.